

NOVENA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

Súplica y consagración a María Inmaculada

Ha muchos años que os debo este amoroso tributo, Virgen Inmaculada, Madre de Dios y Madre mía de mi alma.

Vos sabéis, oh gran señora y Madre mía, la devoción que desde mi niñez os profeso, y el amor de predilección que me ha robado siempre vuestro inmaculado misterio, cifra y compendio admirable de todas vuestras glorias. Es verdad, Madre querida, que alguna que otra florecilla en su obsequio os he ofrecido en el paso de mi vida, y algún pequeño fruto he depositado a los pies de vuestra Purísima Concepción. Pero nada son, lo reconozco y confieso, ¡oh gran Reina!, por lo que vos os merecéis, estas tenues ofrendas. Porque, ¡es tan pobrecito este esclavito e hijo vuestro! ¡Y vos sois tan grande y tan excelsa!... Mas vos sois tan buena, ¡oh María! Sois Madre tan cariñosa, tan dulce y tan agradecida, que me atrevo a rogaros las aceptéis con agrado, si no por lo que valen, a lo menos por el amor a vos con que están perfumadas.

Aceptad, pues, Madre Inmaculada, esta *Novena* que he compuesto para honrar vuestra Concepción Purísima, y que deposito gustoso a vuestros inmaculados pies. Bendecidla y haced que produzca en las almas de todos vuestros hijitos y devotos un amor ardiente y constante a vuestro Hijo Jesús y a vos, y una adhesión inquebrantable a la santa Iglesia y a su cabeza visible e infalible el romano pontífice. Bendecid a todos los que os honren con esta novena, y alcanzadles la gracia de vivir y morir con una perfecta pureza de alma y cuerpo, y abrasados del amor de Dios y de vos, como os lo pide, ¡oh Madre de misericordia! para sí, vuestro siervo, capellán y humildísimo hijo,

Enrique de Ossó.

¡VIVA JESÚS! ¡VIVA MARÍA INMACULADA!

Vinebre, fiesta del Senequita de mi Santa Madre Teresa de Jesús, 24 de noviembre de 1895.

ORDEN DE LA NOVENA

Se empieza, si es posible, con la exposición de Jesús Sacramentado, y luego se dice:

¡Viva María Inmaculada!

Salutación a María por todo el pueblo, cantada o rezada

Ave María purísima. Sin pecado concebida. Toda hermosa sois, oh María, y mancha original no hay en vos. Recibid mil parabienes, oh Inmaculada María. Mostrad que sois nuestra Madre, guardadnos como a la niña de vuestros ojos, hacednos puros y santos. Salvadnos.

Se reza la Coronilla de las doce estrellas.

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza.

A ti, celestial Princesa,
Virgen sagrada María,
Te ofrezco desde este día
Alma, vida y corazón,
Mírame con compasión,
No me dejes, Madre mía.

Acto de contrición

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Criador, Padre y Redentor mío; en quien creo y espero, a quien adoro y amo sobre todas las cosas; por ser bondad infinita y por ser Vos quien sois, me pesa de haberos ofendido, y propongo firmísimamente nunca más ofenderos. Perdonadme, Salvador mío, y esforzadme siempre en vuestro amor. Y ahora dadme gracia para hacer devotamente esta novena en honra de la Santísima Trinidad y de la Purísima Concepción de vuestra Madre María, a la cual Vos en este misterio, por medio del romano pontífice, vicario vuestro, habéis dado por patrona a toda España, para que nos libre de todos los males y nos alcance todos los bienes, hasta llegar a gozaros en la gloria. Amén.

Oración preparatoria para todos los días

¡Oh María Inmaculada, Virgen y Madre de Dios y Madre mía de mi alma! vos sois ya en el primer instante de vuestra Concepción más hermosa que la hermosura, más graciosa que la gracia, más santa que la santidad, más pura en cuerpo y alma que todos los ángeles y todos los hombres: solo Dios es más puro que vos. Confieso, Madre querida, que no bastan todas las lenguas angélicas y humanas para pregonar dignamente vuestras excelencias, privilegios y gracias.

Permitidme, pues, a lo menos, Virgen Inmaculada, que mi corazón se goce, mi espíritu se regocije y mi mente se extasíe contemplando vuestra Inmaculada Concepción, cifra de todas vuestras glorias, y exclame alborozado con los ángeles y los hombres y con la misma Trinidad Beatísima: Toda hermosa sois ¡oh María! y mancha original no hay en vos; vos sola llena de gracia, vos sola inmaculada, vos sola perfecta y adornada desde el primer instante con el cúmulo y grandeza de todas las gracias, virtudes y privilegios celestiales. Vuestra Concepción Inmaculada ¡oh María!, es el misterio de vuestras insondables grandezas y la prerrogativa más amada de vuestro corazón. Alcanzadme, pues, que, venerando este misterio, los venere todos y consiga el entero perdón de todos mis pecados, una perfecta pureza de alma y cuerpo, la perseverancia y el aumento en el amor de Dios y de vos, y la gracia especial que solicito en esta novena. Amén.

Aquí se hace la *Meditación* propia del día.

Homenaje de piedad filial a María

(Tres *Avemarías* cantadas)

Yo os venero de todo mi corazón, oh Inmaculada María, Virgen santísima, como a Hija del Padre celestial, y os consagro mi alma con todas sus potencias.

Hacedme pura y santa. *Avemaría.*

Yo os venero de todo mi corazón, oh Inmaculada María, Virgen santísima, como a Madre del único Hijo de Dios, y os consagro mi cuerpo con todos sus sentidos.

Hacedme pura y santa. *Avemaría.*

Yo os venero de todo mi corazón, oh Inmaculada María, Virgen santísima, como a esposa del Espíritu Santo, y os consagro mi corazón con todos sus afectos. Dignaos alcanzarme de la Santísima Trinidad las gracias que necesito para salvarme.

Hacedme pura y santa. *Avemaría.*

(100 días de indulgencia cada vez. Plenaria al mes. –*León XII*)

Oración final para todos los días

¡Oh Inmaculada María! vos nacisteis de la boca del Altísimo toda pura, hermosa, agraciada y santa, primogénita entre todas las criaturas, rutilante como la aurora, bella como la luna, escogida como el sol. Obra maestra del poder, sabiduría y amor de Dios, fuisteis, oh María, morada de todas las gracias del Espíritu Santo, paraíso de todas las delicias del Eterno, casa y arca de la Sabiduría increada, digno habitáculo preparado para Sí, por altísimo prodigio de la naturaleza y de la gracia, sois ¡oh María! el lirio entre espinas, la rosa siempre viva, la zarza de Moisés, el retoño de gracia, la tierra virginal y siempre bendita de la que se formó el nuevo Adán, Jesucristo. Vos sois la paloma siempre pura, la Jerusalén santa, el trono excelso de Dios, templo divinísimo, tesoro de inmortalidad, paraíso ameno de inocencia, cedro incorruptible, huerto cerrado, ciudad de Dios y milagro inefable de su omnipotencia. Vos sois el arca de Noé, la escala de Jacob, la torre inexpugnable de David, la fuente sellada y la única hija de vida, reparadora de todo el humano linaje. Vos sola ¡oh Inmaculada María!, aplastasteis la cabeza de la serpiente infernal con vuestro pie inmaculado y triunfasteis siempre de sus iras. Haced, pues, oh querida Madre mía, que todos los que nos gozamos y os honramos en el misterio de vuestra Inmaculada Concepción, libres de toda culpa, vivamos en justicia, muramos en gracia y consigamos la gloria por vos, oh María Inmaculada. Amén.

Oración a María Inmaculada, patrona de las Españas, rogando por sus necesidades

Mirad siempre con amorosos ojos desde el cielo a vuestra querida España, oh Inmaculada María Madre nuestra muy amada, pues sois su patrona y humillad a los enemigos de nuestra santa fe. Son vuestros hijos muy queridos, los católicos españoles, los que esto os pedimos y mostraos propicia. Compadeceos ¡oh María Inmaculada!, pues tenéis hermoso y piadoso corazón, compadeceos de vuestra pobre España, que es vuestro patrimonio y la hija primogénita de vuestra Inmaculada Concepción, y poned remedio a todas nuestras necesidades. Mirad que son extremos los males y peligros que nos amenazan, que nos cercan, que nos oprimen, y salvadnos, que perecemos.

La hija de cien reyes, aquella en cuyos dominios nunca se ponía el sol... la que dio leyes católicas a dos mundos y enseñó a conoceros, amaros y veneraros en ambos hemisferios, es tributaria de los mismos que un día humilló o ensalzó.

Haced, pues, ¡oh Madre nuestra Inmaculada! que en vuestra España florezcan siempre la fe, la piedad y todas las demás felicidades, y sea siempre la nación por excelencia católica y feliz, como verdadera hija de vuestra Concepción purísima.

Imploro por intercesores con vuestra clemencia, oh Madre de misericordia, en estas mis súplicas, al santo ángel de España, a Santiago apóstol y a nuestra querida hermana santa Teresa de Jesús, patronos juntamente con vos de España, y a todos los ángeles y santos, de los cuales vos sois la reina y en cuya compañía deseo y espero alabaros eternamente. Amén.

Pídase la gracia que se desee alcanzar. Cántese *Tota pulchra, Salve, salve* o los Gozos.

DÍA 1º

Meditación

Composición de lugar. Representate aquel grande portento de que nos habla san Juan, esto es, a una mujer vestida del sol, calzada de la luna y coronada su cabeza con corona de doce estrellas.

Petición. Dame, Dios mío, gracia eficaz para admirar, amar e imitar como debo a María en su Inmaculada Concepción.

Punto primero. María a sus hijos. –Mi Inmaculada Concepción, hijo mío, es un portento, un milagro grande de la omnipotencia de Dios. Todos pecasteis en Adán, hijo mío, todos los hijos de Eva venís al mundo hijos de ira, de maldición, enemigos de Dios. Solo yo, María, fui exenta de esta ley universal, porque siempre fui pura, inmaculada y santa. Virgen gloriosa a quien hizo grande el que es Todopoderoso, yo resplandecí con tal fuerza en todos los dones celestiales, con tal plenitud de gracia, de inocencia y de candor, que fui como un milagro inefable de Dios, o más bien, como el mayor de todos los milagros; porque fui escogida para ser digna Madre de Dios, y tan de cerca y sobre todas las cosas tan allegada a Él en el orden de la naturaleza creada y de la gracia, cuanto fui superior en belleza y gracia a todos los hombres y ángeles. Y con este

motivo, para expresar mi original inocencia y justicia, no solo me compararon muchas veces los santos Padres con Eva, cuando todavía era virgen, inocente e incorrupta y no estaba aún engañada por las astucias de la serpiente mortífera y fraudulenta, sino que con admirable variedad de sentencias me ensalzaron sobre ella. Porque Eva, hijo mío, creyendo miserablemente a la serpiente, perdió su inocencia original, y quedó esclava suya; mas yo, Virgen bienaventurada, acrecentando siempre el don original, sin prestar jamás oídos a la serpiente venenosa, destruí de raíz su fuerza y poderío infernal con la virtud que recibí del Altísimo. ¡Oh, hijo mío! admira este portento y da conmigo gracias al Señor. En esto conocí, Dios mío, que me amaste, porque jamás se gozó sobre mí el enemigo de todo el género humano.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. –Verdaderamente, Madre mía muy amada, es vuestra Concepción Inmaculada uno de los más inefables misterios de la gracia y uno de los más grandes milagros de la diestra del Todopoderoso. Solo la omnipotencia de Dios pudo hacer brotar una rama frondosa y lozana de un tronco muerto; un raudal de agua pura y cristalina, de emponzoñada fuente; una planta vistosa e incorruptible de maldecida y podrida raíz; un vaso preciosísimo de barro inmundo; un vástago de bendición, de vida y de lozanía de una raza proscrita, maldita e infiel; una Madre de Dios, en fin, de una mujer emponzoñada por el pecado. ¡Cuánto se goza mi corazón, Madre querida, contemplando y admirando tantos misterios, tantas prerrogativas y tantas gracias en vuestra Inmaculada Concepción! Toda la tierra yacía en tinieblas, y vos sola aparecís como aurora purísima que brilla en el azul del cielo y recrea la fatigada vista de los míseros hijos de Adán. Todo el mundo estaba envuelto en el cieno del pecado y de la corrupción, y vos sola sois el punto inmaculado que Dios, infinita santidad y pureza, se reservó para poder entrar en él, sin contaminarse de sus sucias olas. ¡Oh María Inmaculada, oh Inmaculada María! vos sois la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, la honorificencia de nuestro pueblo. Todo en vos lo hallamos, ¡oh María! Todo lo puro, todo lo santo, lo virtuoso, lo noble, lo perfecto. ¡Bendita Madre, bendita hija, bendita esposa de Dios! Haced Virgen purísima que yo sepa también apreciar la gracia que el Señor me comunicó al reengendrarme en las aguas del santo Bautismo, y si la perdí por el pecado, la recobre por el segundo bautismo de la penitencia y viva y muera en gracia y amistad de Dios. Amén.

Jaculatoria. Toda hermosa sois, ¡oh María! y la mancha original no está en vos.

Obsequio. Rezaré tres *Avemarías* en honor de la Inmaculada Concepción, y seré modesto en todas las cosas que hiciere y tratare.

Homenaje de piedad filial, etc., pág. 3

DÍA 2º

Meditación

Composición de lugar. Representate aquel grande portento de que nos habla san Juan, esto es, a una mujer vestida del sol, calzada de la luna y coronada su cabeza con corona de doce estrellas.

Petición. Dame, Dios mío, gracia eficaz para admirar, amar e imitar como debo a María en su Inmaculada Concepción.

Punto primero. María a sus hijos. –Sobre todas las prerrogativas y gracias amo yo, hijo mío, el haber sido siempre Inmaculada. Sí, hijo mío, de todas mis prerrogativas, privilegios, grandezas y gracias, la más amada de mi corazón fue y es haber sido Inmaculada desde el primer instante, porque esta gracia importa el haber sido siempre grata a los ojos de mi Dios. Si Dios me hubiese dado a elegir el ser Inmaculada o dejar de ser Madre de Dios, hubiese renunciado a la dignidad, casi infinita, de Madre de Dios, para ser siempre inmaculada. ¡Oh, hijo mío! ¿Te has parado alguna vez a considerar qué mal tan grande es el haber sido un momento solo objeto de ira y de maldición por Dios bueno? ¡Un momento solo de no haber sido amado de Dios! ¡Un momento solo de haber sido esclavo de Satanás! ¡Ay, horroriza solo el pensarlo al corazón que ama a Dios y conoce lo que es amarle y ser amado por Él! ¡Oh, no es posible hallar gracia más preciosa que el poder decir mi corazón con verdad: “Dios mío, yo siempre os amé y he sido amada de vos”! Por eso el demonio y sus secuaces los herejes han combatido siempre con ardimiento este privilegio mío, y han odiado con mayor saña a la festividad de mi Concepción que a todas mis otras festividades. Por eso también mis amantes hijos, es la que más han de honrar, ensalzar y celebrar. Sí, hijo mío, llámame Madre de Dios, Reina de los ángeles y de los hombres, emperatriz soberana de los cielos y de la tierra; nada de esto me satisface ni recrea tanto, como si me llamas Inmaculada, siempre pura, hermosa y santa. No lo olvides, hijo mío, tres son los títulos más gloriosos para mí, que más me gustan y recrean. El primero, que me llames Inmaculada; el segundo, Virgen, y el tercero Madre de Dios. Porque si estaba resuelta a renunciar antes a la dignidad de Madre de Dios que a perder mi virginidad, ¿cuánto más hubiese preferido el perderlo todo antes que dejar de ser pura e Inmaculada siempre a los ojos de mi Dios? Este amor mío y aprecio por la pureza de mi alma, te enseña, hijo mío, a apreciar sobre todas las cosas la gracia de Dios y a sufrir mil muertes antes que manchar la pureza de tu cuerpo y alma con el más leve pecado. Imítame en este santo amor a la pureza. Sí, hijo mío, primero morir que pecar, primero morir que afean tu alma con la más mínima mancha de pecado.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. –¡Cuánto me alegra, Madre mía de mi corazón, el saber que la música más suave, que el cantarcillo más grato que desde este mísero destierro puedo hacer resonar en vuestro corazón, en vuestro altar santo, y ante vuestro excelso solio de gloria, es el llamaros Inmaculada, purísima siempre, toda hermosa y sin mancha de pecado! Este será, pues, mi cantar de día y de noche a los pies de vuestro excelso solio: toda hermosa sois, ¡oh María, Madre mía! y mancha de pecado original no hay en vos. Ave María purísima, sin pecado concebida. Toda hermosa, toda pura, siempre Inmaculada y sin mancha. Y aunque yo me vea concebido en pecado, lleno de pecados, de manchas y de imperfecciones, no por eso desmayaré ni me alejaré de vos, sino, como el enfermo del Evangelio, clamaré día y noche a las puertas de vuestra grandeza para deciros con compunción y fervor: He aquí, señora y Madre mía, que este tu pobrecito hijo a quien amas está enfermo, tiene llagada y manchada su alma por el pecado. Mas si quieres, puedes sanarme; si quieres, puedes lavarme, y quedará mi alma más blanca que la nieve. Ea, pues Madre eres y tienes

hermoso y piadosos corazón, baste para moveros a compasión la vista sola de mis males. Quiero amar más la pureza de mi alma, la limpieza de mi conciencia que todos los bienes de este mundo. Quiero adornar y hermohear mi alma sobre todas las cosas y cuidados, porque sé que es lo que más agrada a vuestro purísimo corazón. Y si yo os presento, Madre querida, todos los puntos que fueron manchados de mi alma, recamados ahora con oro y pedrería, creo se alegrará más con su vista vuestra purísima mirada, porque no descubrirán las feas manchas, sino el engaste y esmalte precioso de las virtudes y de la pureza de mi corazón. ¡Oh María, sin pecado concebida, rogad por nos, que acudimos a vos!

Jaculatoria. Por vuestra Inmaculada Concepción, Virgen María, haced puro mi cuerpo y santa el alma mía.

Obsequio. Me confesaré en esta novena de todos mis pecados con dolor, para lavar las manchas del pecado de mi alma.

Homenaje de piedad filial, etc., pág. 3

DÍA 3º

Meditación

Composición de lugar. Representate aquel grande portento de que nos habla san Juan, esto es, a una mujer vestida del sol, calzada de la luna y coronada su cabeza con corona de doce estrellas.

Petición. Dame, Dios mío, gracia eficaz para admirar, amar e imitar como debo a María en su Inmaculada Concepción.

Punto primero. María a sus hijos. –Pondera, hijo mío, como yo sola, entre todas las hijas de Eva, fui saludada por Dios y por todos los ángeles en el primer instante de mi Concepción Inmaculada, llena de gracia, como más tarde lo fui por el arcángel. Esta singular, solemne y nunca oída salutación angélica, hijo mío, manifiesta claramente que yo fui morada de todas las gracias celestiales, adornada con todos los dones del Espíritu Santo, y además, tesoro casi infinito y abismo inexhausto de los mismos dones, de tal manera que, no estando nunca expuesta al enemigo común y participando de la eterna bendición juntamente con mi hijo Jesús, merecí escuchar de mi prima Elisabet, impulsada por el Espíritu Santo, aquellas admirables palabras: “Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre”. Pondera, hijo mío, aquella nobilísima sentencia de los santos Padres, los cuales al tratar de mi Concepción aseguraron, que la naturaleza cedió a la gracia, y permaneció como temblando y sin atreverse a seguir su curso, sucediendo que no fui concebida en el seno de mi madre Ana antes que la gracia diese su fruto, pues era conveniente que yo fuese primogénita, ya que de mí había de ser concebido el primogénito de Dios y de todas las criaturas. Llena de gracia aparecí en el mundo en el primer instante de mi Concepción; llena de gracia en toda mi vida, y llena de gracia en mi muerte; llena de gracia en el trono de la inmortalidad en la gloria, y tan llena de gracia, hijo mío, que todos reciben de mí: los

ángeles, alegría; los pecadores, perdón; los justos, gracia, y Dios mismo, su naturaleza humana. Admira, hijo mío, esta plenitud, este abismo de gracia, y da conmigo infinitas gracias a Dios, que así me honró y distinguió entre todas las criaturas, y serás partícipe de mi plenitud.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. –Llena de gracia sois, Madre mía, desde el primer instante de vuestra Inmaculada Concepción. Y si llena de gracia, prevenida por la gracia, ¿qué tenía qué ver con vos la culpa, que es privación de la gracia? Por eso vuestro nombre propio y con el cual os saludó el arcángel ¡oh María! es *llena de gracia*. Llena de gracia en vuestra alma, en vuestro cuerpo, en vuestras potencias, en vuestros sentidos, en vuestro interior y en vuestro exterior. Con el uso de razón, que se os comunicó ya en el primer instante de vuestra Concepción, tuvisteis una gracia tan grande, tan perfecta; heroseó tanto vuestra alma y la hizo tan amable a los ojos del Altísimo, que Él mismo os ruega apartéis de Él vuestra mirada, porque le hace salir de Sí mismo. Tan perfecta fue esta gracia, que ningún santo, ni serafín llegaron jamás a poseerla, porque los fundamentos de vuestra santidad se echaron sobre los montes santos, y por eso el Señor tres veces Santo amó más las puertas de Sión que todos los edificios más perfectos y acabados de Jacob; esto es, la gracia primera fue en vos desde el principio con tanta plenitud, que jamás los otros santos en el fin de su vida pudieron alcanzar.

¡Oh Reina de la gracia y de la gloria! Humillado me postro ante vuestra presencia para admirar y reverenciar en silencio vuestra incomparable belleza y gracia. Si ya en el primer instante sois abismo de la gracia, ¡oh purísima y agraciada María! ¿Cuál será vuestra gracia en el declinar de la vida, después de haber negociado con este caudal inmenso todos los instantes por más de setenta años? Solo Dios que se ha complacido en hacer cosas grandes en vuestra alma, puede medir y sondear tanta belleza, tantos méritos y tanta gloria. Yo glorifico por ello y doy gracias a Dios y a vos, y os pido, no honores ni riquezas, ni pompas vanas, sino la gracia y amistad de vuestro hijo Jesús y la vuestra, ¡oh Madre de la eterna vida y de la divina gracia! Ya que vos sois la dispensadora de ella, ¡oh llena de gracia, Inmaculada María! derramadla a raudales sobre el alma de este vuestro pobrecito y esclavito, esta gracia preciosa para que sepa conservarla y multiplicarla, y gozar con vos de su premio en la eterna gloria. Amén.

Jaculatoria. ¡Oh María Inmaculada! vos sois la gloria de la celeste Jerusalén, la alegría de Israel, el honor y la gloria de vuestro pueblo. Dios te salve, llena de gracia.

Obsequio. Recitaré el canto del *Magnificat*, y comulgaré en honor de María.

Homenaje de piedad filial, etc., pág. 3

DÍA 4º

Meditación

Composición de lugar. Representátese aquel grande portento de que nos habla san Juan, esto es, a una mujer vestida del sol, calzada de la luna y coronada su cabeza con corona de doce estrellas.

Petición. Dame, Dios mío, gracia eficaz para admirar, amar e imitar como debo a María en su Inmaculada Concepción.

Punto primero. María a sus hijos. –Yo soy la Inmaculada Concepción, hijo mío, porque soy la Madre digna de Dios, la hija predilecta de Dios, la esposa más amada de Dios. Me amó el Señor con amor paternal más que a todos los ángeles y santos; por eso me preservó con su poder de todo pecado. Me amó el Señor con amor filial más que a todas las criaturas que son sus siervas; por eso me adornó de todas las gracias. Me amó el Señor más que a todas sus esposas; por eso me distinguió entre todas ellas con sus dones, carismas y privilegios. Si tú, hijo mío, no puedes sufrir una imperfección en tu madre y hasta, si te hallas elevado en dignidad y ella es pobre, parece que te avergüenzas de reconocerla delante de los otros por tu madre; ¿cuánto más había de sentir en mí, su Madre, la más leve mancha de pecado el Hijo de Dios, que me amaba con infinito amor y más que a todas las otras criaturas? Por eso me revistió de tanta gracia, belleza, justicia y santidad, desde el primer instante que aparecí en el mundo, como vestida del sol de justicia, toda pura, toda hermosa, toda santa. Además, hijo mío, Dios, que no es deudor a ninguna criatura y todas le deben a Él todo lo que tienen, quiso ser deudor mío. Porque yo le di a Dios la vida mortal, el cuerpo mortal, los cuidados, los alimentos y solicitudes maternales en su infancia, los afectos de su Corazón. Si Dios, pues, tan generoso y reconocido se muestra con sus siervos, que por un vaso de agua fría dado en su nombre al pobre, promete el cielo, ¿cómo no había de recompensarme de un modo digno de su infinita majestad tantos desvelos y tantos favores que le dispensé a Él mismo en los treinta y tres años de su vida mortal? Por esta razón, Dios nuestro Señor, que no quiere dejarse vencer en generosidad, empezó ya a satisfacer esta deuda de gratitud y nobleza por adelantado, ordenando desde la eternidad que fuese concebida sin pecado, Inmaculada, preservándome, en atención a los méritos de Cristo Jesús mi Hijo, de todo pecado, y haciendo que apareciese en el mundo más esplendente que el mismo sol, toda hermosa, toda pura, toda llena de gracia. Quiso el Señor que fuese la obra maestra de su poder, de su sabiduría y de su amor. El trofeo y el blasón de su omnipotencia. ¡Oh hijo mío! Puede el Señor criar unos cielos más esplendentes, unos ángeles más bellos, unos mundos más preclaros que los que existen; mas ¡ay! no puede, ni quiere, ni sabe criar una Madre más pura, más bella y más santa que yo. Por eso soy la Inmaculada Concepción. Admira en silencio tanta grandeza y da conmigo por ella gracias infinitas a Dios.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. –¡Oh Inmaculada María, Madre de Dios y Madre mía! Verdaderamente que mejor es, y más digno celebrar y ponderar en silencio vuestras grandezas, que desdorarlas con mis palabras, con mis encomios y alabanzas. El silencio y la admiración es el himno más digno de vuestra excelencia. Por esto solo puedo repetir ante el solio de la Beatísima Trinidad: gracias, infinitas gracias, Señor, bendición y alabanza, gloria y salud porque tanto habéis honrado a María ya desde el primer instante de su Inmaculada Concepción. Por esto solo puedo y sé repetir a vuestros pies, al admiraros como un nuevo prodigio vestida del sol, calzada

de la luna y coronada vuestra cabeza con corona de doce estrellas: Toda hermosa sois, María, y mancha original no hay en vos; sí, toda hermosa sois ¡oh María! toda pura, toda santa, toda llena de gracia, superior a todos los ángeles y los hombres, y solo Dios superior a vos. Y si no fuera la fe, Madre querida, yo os adorara como una diosa, porque aún cuando vos no sois divina, no sois Dios, no obstante todo en vos es sobrenatural, es divino, menos vos misma. Vuestros privilegios y relaciones con la Trinidad Beatísima, son divinas, y no podemos examinarlas ni siquiera mirarlas sin perdernos y vernos envueltos en los resplandores de la divinidad. Vuestra fecundidad es divina, vuestro hijo Jesús, carne de vuestra carne y hueso de vuestros huesos, es divino... Lo que posee Jesús por naturaleza, vos lo poseéis por gracia; lo que Él puede con su imperio, vos lo podéis con vuestra oración. Jesús es mi Padre, y vos, ¡oh María! sois mi Madre. Jesús autor es de la gracia, y vos sois la Madre de la gracia. Jesús, el dueño de todos los tesoros de la gracia y de la gloria, vos sois la dispensadora única y universal. Jesús es el camino del cielo, vos sois la puerta. Jesús es Hijo Unigénito del eterno Padre; Jesús es hijo unigénito de vos, que sois su Madre... Mas, nunca acabaría de ponderar vuestras excelencias y gracias, Madre querida; por eso prefiero contemplarlas en silencio con el más profundo respeto, gratitud y amor hacia Dios y hacia vos, suplicándoos me concedáis la gracia de celebrarlas un día en los esplendores de la eterna gloria. Amén.

Jaculatoria. Tu Concepción Inmaculada, ¡oh María! anunció el gozo al universo mundo. Bendita seas.

Obsequio. Rezaré todos los días el santo rosario, diciendo con especial fervor: *Llena de gracia, bendita entre todas las mujeres.*

Homenaje de piedad filial, etc., pág. 3

DÍA 5º

Meditación

Composición de lugar. Representate aquel grande portento de que nos habla san Juan, esto es, a una mujer vestida del sol, calzada de la luna y coronada su cabeza con corona de doce estrellas.

Petición. Dame, Dios mío, gracia eficaz para admirar, amar e imitar como debo a María en su Inmaculada Concepción.

Punto primero. María a sus hijos. –No has de juzgar de mis méritos, de mis virtudes, de mis excelencias y gracias, hijo mío, del modo común como juzgas a los demás santos. Porque los fundamentos de mi santidad y de mi amor a Dios, están, hijo mío, ya en el primer instante de mi Concepción, sobre la cima de los más elevados montes, que son todos los ángeles y santos. Yo aparecí en el cielo, en el instante primero de mi Concepción, como un grande portento, porque no solo aparecí revestida del sol, esto es, adornada con todos los resplandores y gracias del Sol de justicia, sino que yo misma vestí a este mismo Sol de toda justicia, el Verbo, Hijo de Dios, haciéndole Hijo del

Hombre. Si, pues, este Sol eterno vino al mundo para incendiarlo con sus fuegos, y no hay nadie que no sienta el calor de sus fulgores, pondera, hijo mío, cuán abrasada debía estar mi alma en el fuego del divino Amor que aparece ya en el primer instante toda vestida de este Sol, no participando de alguno de sus ardores, sino abismada en ellos. Porque en el primer instante tuve perfectísimo uso de razón, que me duró toda la vida, con perfecta libertad para obrar el bien, y no solo tuve el uso perfecto de la razón, sino la lumbre plenísima y sobrenatural de la fe y copiosísima sabiduría y luces inexplicables con intensísimos auxilios para merecer. Y más que todo tuve, hijo mío, inmensa caridad. Admira, hijo mío, e imita mi perfectísima caridad. Dios era todo para mí, y solo Dios me bastó siempre y llenó los senos inmensos de mi corazón. “Dios mío y todas las cosas, yo os amo con todo mi corazón”. He aquí la primera y la única aspiración de mi corazón desde el primer instante de mi vida. Además, nada había en mí de corrupción ni de pecado que estorbase la acción de la infinita caridad de Dios. Los serafines y todos los santos, hijo mío, pueden aprender cómo se ama con toda perfección a Dios en el primer instante de mi ser. Yo amé a Dios cuanto un corazón humano le puede amar. Le amé porque era infinitamente bueno, bello, santo, veraz, justo, infinito en todo género de perfecciones. Amé a Dios puramente, constantemente, ardentísimamente, perfectamente; esto es, le amé porque era Dios, sin ningún interés mío, cuanto le podía amar, esto es, con todo mi corazón, con toda mi alma, con toda mi mente, con todas mis fuerzas. Por eso Dios amó más las puertas de Sión que todos los tabernáculos de Jacob, y aunque yo no hubiese tenido que esperar eterna recompensa, lo mismo hubiese amado a Dios solo por su bondad infinita. ¿Es así tu amor a Dios, hijo mío? Si no amas a Dios sobre todas las cosas, estás perdido eternamente. Enmiéndate.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. –¡Oh fuego que siempre ardes en el alma purísima de mi Madre María Inmaculada! Ven a mi pecho y enciéndele, abrásale y consúmele. Pedid, Madre amantísima a vuestro hijo Jesús, que vino a meter fuego en todos los corazones y no desea sino que ardan, y que ha metido en vuestro corazón Inmaculado desde el primer momento tan inmenso incendio; pedidle que encienda, consume y abrase también nuestro corazón en el divino Amor. ¿De qué me ha de servir la vida y qué he de hacer de mi corazón, si no lo empleo todo en amar a mi Dios y a vos? ¡Oh María Inmaculada, Reina y Madre del hermoso Amor! Por vuestra inmensa caridad yo os ruego os dignéis enviar a mi helado pecho, a lo menos una centellica del divino amor que rebosa en vuestro corazón como en un volcán inmenso. Alcanzadme la gracia, Madre amable, de que nunca pierda este amor. O amar o morir de amor. O morir de amor, o no vivir. Una sola gracia os pido, Madre querida, y es que me concedáis el vivir y morir abrasado del divino Amor, como vos vivisteis y moristeis, para reparar el tiempo malgastado en la tibieza, en la flojedad y ¡ay! tal vez en el desamor divino. ¡Tiempo perdido! ¡Tiempo el más desgraciado, el que malgasté no amando a la suma Bondad! ¡Oh hermosura siempre antigua y siempre nueva! ¡Cuán tarde os conocí, cuán tarde os amé!... Hacedme prisionero perpetuo de vuestro amor. ¿Por qué como mi Inmaculada Madre, no empecé a amar sobre todas las cosas a mi Dios, desde que despuntó en mi alma el uso de razón? ¿Por qué para todos he tenido amor de sobras menos para mi Dios? ¿Por qué siempre he sido tardío y escaso en amaros a vos, mi Dios, Dios de mi corazón? ¿Por qué no os he amado como yo debo y vos merecáis y me mandáis? ¡Ay! Porque no he querido. Yo os pido ¡oh Dios de amor!

que olvidéis mis desvíos pasados y me convertáis a Vos, y os ame siempre, a ejemplo de mi Madre del hermoso amor, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, y viva y muera de vuestro amor. Amén.

Jaculatoria. ¡Oh fuego del divino Amor, que siempre ardiste en el corazón de mi Madre María Inmaculada! enciéndeme, abrázame.

Obsequio. Haré en este día cincuenta actos de amor de Dios, y pediré siempre a mi Madre María el vivir y morir abrasado en el amor de Dios.

Homenaje de piedad filial, etc., pág. 3

DÍA 6º

Meditación

Composición de lugar. Representate aquel grande portento de que nos habla san Juan, esto es, a una mujer vestida del sol, calzada de la luna y coronada su cabeza con corona de doce estrellas.

Petición. Dame, Dios mío, gracia eficaz para admirar, amar e imitar como debo a María en su Inmaculada Concepción.

Punto primero. María a sus hijos. –El evangelista san Juan, hijo mío, al revelaros las grandezas del nuevo portento de mi Inmaculada Concepción, no solo me presentó vestida del sol, sino calzada de la luna, o con la luna debajo de mis pies. La luna en este lugar significa a la Iglesia, y el estar la luna debajo de mis pies, quiere decir que yo soy la Reina de la Iglesia, la Madre, la fortaleza y salud de la Iglesia. Sí, hijo mío, yo soy la Reina de la Iglesia, porque fui elegida por Dios la primogénita entre todos los santos. El primer escogido fue Jesús Hombre-Dios, el segundo fui yo, María, Madre de Dios. Jesús, mi Hijo, es la causa eficaz de la elección de todos los hombres, y yo, su Madre, soy la mediadora entre los hombres y Dios, la corredentora del mundo, el modelo y forma de todos los elegidos. Ninguna salud se obró en el mundo sin Jesucristo; ninguna se obró sin mí, Madre de Jesucristo. Por eso soy la primogénita antes que todas las criaturas. Yo soy Reina de todos los escogidos, de todos los santos, de toda la Iglesia. Porque soy la Madre de Jesucristo, porque lo soy del que es Rey de la Iglesia, que la ha conquistado derramando su sangre, sangre que yo le ofrecí al vestirse de la humana naturaleza. Mi hijo Jesús es Rey de la gloria, es Rey de la misericordia, de la Iglesia, y yo su Madre, lo soy también. Mas no solo soy Reina de la Iglesia, sino su Madre. Madre de los justos, porque lo soy de Jesús, primer justo, sol de justicia y autor de toda santidad. Estos son mis hijos muy amados, todos los justos, en quienes tengo mis complacencias, a quienes amo como a la niña de mis ojos; los justos son los que forman las delicias de mi corazón maternal. Soy también Madre compasiva de los pobrecitos pecadores, sobre todo de los que se quieren enmendar y salir de su mala vida. Soy Madre de los herejes y de los infieles, porque, como nueva Eva, soy Madre por la gracia de todos los hombres; así como Jesús, nuevo Adán, es el Padre de todos. La Iglesia, hijo mío, comenzó a propagarse por mí, se extendió por mí y venció todos los errores y herejías

por mí; y así sucederá hasta el fin de los siglos. Ora, pues, hijo mío, para que todos participen de mi amor maternal y se salven eternamente.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. –¡Cuántas gracias se descubren, Madre querida, ya en vuestra purísima Concepción! Como venís al mundo para ser la salud del mundo con Jesús vuestro Hijo, por eso aparecéis ya en el primer instante con todas las gracias que corresponden a vuestra altísima dignidad. El Hijo eterno de Dios, que había de ser vuestro hijo en el tiempo, os preparó con todos los dones que convenían al desempeño de vuestra dignidad inefable. ¡Cuánto me gozo, Madre querida, de estar con toda la Iglesia bajo vuestro maternal imperio! ¿Qué puedo temer? Elegida antes que todas las criaturas, y la más perfecta entre todos los santos, yo os ruego me hagáis el más fiel de vuestros súbditos y que nunca os haga traición por el pecado. ¡Oh Madre Inmaculada! Yo me postro a vuestros pies e imploro vuestra clemencia para mi alma pecadora y para todos los pecadores. Convertidnos y purificad la santa Madre Iglesia de las manchas de sus hijos pecadores. ¡Cuántos millones hay de herejes, cismáticos e infieles, Madre de misericordia, que no conocen a Jesús ni a vos! Enviadles un rayo de luz del cielo que los convierta y vivan, y haya un solo redil y un solo pastor bajo el vicario de vuestro hijo Jesús el romano pontífice. Dad la paz, la libertad y exaltación a la santa Iglesia, ya que vos sois su Reina, y humillad a los enemigos de nuestra santa fe. Yo ya sé y confieso que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, según la palabra infalible de vuestro Hijo Jesucristo, porque los cielos y la tierra pasarán, mas sus palabras no faltarán. Mas también sé que muchos se pierden con los escándalos y perniciosos ejemplos, y que vuestra Iglesia sufre persecución en sus miembros, y más que todo en su cabeza visible el romano pontífice. Haced, pues, que destruidas todas las adversidades y errores, seamos consumados en la unidad, y Cristo venza, Cristo reine, Cristo impere por medio de su Iglesia en todo el mundo, por el reinado de su conocimiento y amor en todas las almas. Amén.

Jaculatoria. Alcanzadme ¡oh María! la perseverancia y el aumento en el amor de Dios y de vos.

Obsequio. Ayunaré las vigilias de las grandes festividades de la Virgen, y mortificaré, por María, mi vista en el día de hoy.

Homenaje de piedad filial, etc., pág. 3

DÍA 7º

Meditación

Composición de lugar. Representate aquel grande portento de que nos habla san Juan, esto es, a una mujer vestida del sol, calzada de la luna y coronada su cabeza con corona de doce estrellas.

Petición. Dame, Dios mío, gracia eficaz para admirar, amar e imitar como debo a María en su Inmaculada Concepción.

Punto primero. María a sus hijos. –Considera, hijo mío, que yo, María, aparecí en mi Concepción Inmaculada como el más estupendo milagro de sobre la tierra, el espectáculo más admirable entre todas las cosas admirables; el portento que enaltece a toda la humana naturaleza y sobrepuja a todos los serafines: un prodigio inaudito, una incomprensible novedad. Después de Dios, hijo mío, soy superior a todos, más pura y más bella que todos los serafines. Templo, trono y cielo de la divinidad; gloria, decoro y ornamento de toda la Iglesia, porque yo soy sola Inmaculada. Porque si los santos apóstoles, doctores, vírgenes y mártires la honran a pesar de ser concebidos en pecado, ¿cuánto más la he de honrar yo con mi Inmaculada Concepción, pues soy la Reina de todos ellos? Bastaría yo sola, hijo mío, para hacer a la Iglesia admirable, fuerte y gloriosa. Bastaría yo sola, que soy el primero y más noble miembro de toda la Iglesia, para hacerla honorable, amable y admirable por siempre y por todo el mundo. Mas no solo, hijo mío, soy la gloria de Jerusalén, la honorificencia de todo el pueblo fiel, sino que soy también la alegría y el esfuerzo de Israel. Yo soy Virgen poderosa, causa de vuestra alegría, auxilio de los cristianos, refugio de pecadores, vida, dulzura, fortaleza y esperanza de los débiles, porque triunfé del demonio en mi primer instante y siempre. Yo soy la Madre divina que engendró el gozo principal, Cristo Jesús, y lo nutrió y lo introdujo con gloria en el mundo. Nada hay en mí de austero, hijo mío, nada que infunda temor. Soy toda suave, toda amable, y como mansa y fecunda ovejita, a todos suministro lana, leche y miel. Soy toda llena de piedad, de gracia, de mansedumbre, de misericordia, de ternura y de amor. Fui concebida Inmaculada para ser con el tiempo digna Madre de Dios y de los hombres. Por mí, hijo mío, se regocija el cielo, se alegran los ángeles, son vencidos los demonios, destruidas las herejías y los hombres reconciliados con Dios. Por mí toda criatura viene al conocimiento de la verdad, y la Iglesia ha sido establecida por todo el mundo. Yo soy vuestro alivio, vuestra guía, vuestra fortaleza, vuestro consuelo, vuestra vida, dulzura y esperanza. ¡Cuántos títulos, hijo mío, para moverte a invocarme con toda confianza y amor!

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. –Permitidme ¡oh Madre amada! que exclame fuera de mí con la Iglesia santa: Toda hermosa sois ¡oh María! y mancha original no hay en vos. Vos sois la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, el honor de nuestro pueblo, la abogada de los pecadores. ¡Oh María! Virgen prudentísima, Madre clementísima, ruega por nosotros, intercede por nosotros con vuestro Hijo y Señor mío Jesucristo, y presérvanos de todo mal y de todo pecado, y sintamos vuestra eficaz protección todos los que os proclamamos Inmaculada. ¡Oh Madre de la eterna vida! ¡Cuán felices somos los hijos de la Iglesia! ¡Cuán honrados y ennoblecidos por teneros a vos por Madre! Yo quiero honraros como la gloria de la Iglesia más preclara, y quiero honrar a la Iglesia porque posee por su Reina y su Madre a vos ¡oh María Inmaculada! ¡Con cuánto gozo clamaré en vida y en la hora de la muerte, con cuánto consuelo y confianza de mi alma, con mi amada Madre, y vuestra privilegiada hija santa Teresa de Jesús! “En fin, Señor, soy hijo de la Iglesia. En fin, Señor, soy hijo de María” ¡Cuán dulce cosa será morir con este gozo! Haced, Madre querida, que me haga digno hijo de vos con mis obras, que os honre a vos y a la Iglesia con mi conducta cristiana, conforme en todo con la ley de Dios. ¡Oh señora mía y Madre mía! Confirmadme en el bien con vuestra fortaleza, honradme con vuestra gloria, consoladme con vuestra bondad. Dignaos que yo os alabe, honre, glorifique y ensalce con mis santas obras. Hacedme puro y santo y digno hijo vuestro. Yo me ofrezco a vos en vida y por toda la eternidad.

Confortad, Madre poderosísima, a la Iglesia en todas sus grandes tribulaciones y persecuciones. Coronadla con la gloria del triunfo sobre sus enemigos, que lo son de la verdad y de la virtud. Consolad al sumo pontífice que tanto os ama, y todos reconozcan que sois vos, ¡oh María Inmaculada! la gloria, el honor, la fortaleza y el gozo de la Iglesia católica, que confía en vos. Amén.

Jaculatoria. ¡Oh María Inmaculada! no cese jamás de amaros mi corazón y de alabaros mi lengua. Bendita seas.

Obsequio. Llevaré día y noche el escapulario de la Inmaculada Concepción, y en las tentaciones lo apretaré contra mi corazón, diciéndole: vuestro soy ¡oh María! salvadme.

Homenaje de piedad filial, etc., pág. 3

DÍA 8º

Meditación

Composición de lugar. Representate aquel grande portento de que nos habla san Juan, esto es, a una mujer vestida del sol, calzada de la luna y coronada su cabeza con corona de doce estrellas.

Petición. Dame, Dios mío, gracia eficaz para admirar, amar e imitar como debo a María en su Inmaculada Concepción.

Punto primero. María a sus hijos. –Pondera, hijo mío, que no solo aparecí como portento grande en mi Concepción, vestida del sol y calzada de la luna, sino también orlada mi cabeza con brillante corona de doce estrellas, que representan los doce apóstoles y la plenitud de todos los fieles de la Iglesia. Los santos apóstoles, hijo mío, fueron mi principal gozo, y mi corona, el más insigne trofeo de mi triunfo sobre Satán. Mi hijo Jesús, al abandonar este mundo, quiso encomendarme al apóstol san Juan como Madre suya, y al tomarme Juan como cosa suya quiso, digo, que representase principalmente a los doce apóstoles. Por esto Juan bebió en el pecho de mi Hijo y en mis lecciones maternas los conceptos más sublimes de su divino evangelio; así como san Lucas, como secretario, aprendió de mis labios la tierna historia de la infancia de Jesús que narra en su evangelio. Todos los apóstoles acudían a mí, después de la muerte de mi Hijo y de su Ascensión a los cielos, como a la silla inmaculada de la Sabiduría, como a la maestra de la Iglesia, como al cetro de la verdadera fe, como a la confidente de Jesús y partícipe de sus secretos, como a la Madre de Jesús. Por esto los apóstoles, hijo mío, fueron los principales defensores y propagadores de mis glorias, de mis prerrogativas. Ebion, Cerinto, Valentino, Saturnino, Basilides, fueron condenados por sus errores, y fueron los apóstoles los primeros en enseñar el catecismo de mis glorias como de Virgen Inmaculada y Madre, de la cual nació Jesús, Hijo de Dios. Los indios, de boca de santo Tomás; los españoles, de boca de san Jaime; los griegos, por la de san Juan, san Pedro y san Pablo; los italianos por la de san Pedro, san Pablo y Bernabé, y así todas las naciones aprendieron mis glorias, mis privilegios,

mis gracias por medio de los apóstoles. En toda la tierra resonó la voz de los apóstoles, y hasta los más remotos confines del globo se hizo sentir su palabra, que anunciaba la verdad de mis glorias, de mis privilegios y de mis gracias. Los apóstoles, hijo mío, sembraron por todas partes la semilla de mi devoción, plantaron y cultivaron las raíces de esta devoción que después creció inmensamente y esparció sus ramas hasta cubrir con su benéfica sombra todo el orbe, cumpliéndose aquellas palabras de los sagrados libros, esto es, que yo, María, soy como el terebinto que extendió sus ramas por todas partes, produciendo frutos de honor y de honestidad. Imita a los apóstoles, hijo mío, en propagar mi devoción y mis glorias, y vendrás a verme en el cielo.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. –Verdaderamente, Madre Inmaculada, son los apóstoles las doce esplendentes estrellas de vuestra bella corona, no solo en el primer instante de vuestra Concepción sin mancha, sino también en el último instante de vuestra vida, cuando los contemplo rodeando vuestro lecho en el momento de vuestra muerte y de vuestra sepultura para dar testimonio de vuestra gloriosa Asunción en cuerpo y alma a los cielos. Como fueron vuestro gozo y corona para proclamar las grandezas de vuestra Concepción Inmaculada, lo fueron así mismo a vuestra muerte por otro prodigio inaudito, para significarnos cuánto debemos honraros y amaros. Sea también yo ¡oh Virgen Inmaculada! una estrella de vuestra corona por mis virtudes y sobre todo por la pureza perfecta de cuerpo y alma, que es la virtud predilecta de Jesús y de vos. Yo me congratulo, Virgen sagrada, con vos, por el honor y gloria que os dieron los apóstoles por todo el mundo, y os pido me hagáis partícipe de su celo por vuestra gloria, para que yo también propague vuestras glorias, según mis fuerzas y la gracia que recibo de vos. Purificad mis labios, alumbrad mi mente, santificad mi alma y llenad de celo mi corazón y de pureza mi espíritu para que pueda dignamente alabaros y salir victorioso de todas las tentaciones de mis enemigos, en especial de los que combaten la pureza de mi cuerpo y alma. Mirad a la Iglesia que plantaron y regaron los apóstoles con su sangre, cuán ferozmente es perseguida de vuestros enemigos, que la quieren poner por el suelo. Mirad cómo son perseguidos, calumniados y despreciados los sucesores de los apóstoles, los obispos, sacerdotes, y más que todos, el sumo pontífice, vicario de Jesucristo, propagadores todos de vuestras glorias. Yo los recomiendo fervorosamente a todos, ¡Madre querida! a vuestro amor y defensa maternal. ¡Oh María! vos que destruisteis todas las herejías y quebrantasteis la cabeza del dragón infernal en el primer instante de vuestra Concepción sin mancha, arrojad al infierno a Satanás y a todos los espíritus malignos, y salvadnos, que perecemos.

Jaculatoria. ¡Oh Inmaculada María! Mírame con compasión, no me dejes, Madre mía.

Obsequio. Rezaré al dar las horas el *Avemaría*, con la oración *Bendita sea tu pureza*.

Homenaje de piedad filial, etc., pág. 3

DÍA 9º

Meditación

Composición de lugar. Representáte aquel grande portento de que nos habla san Juan, esto es, a una mujer vestida del sol, calzada de la luna y coronada su cabeza con corona de doce estrellas.

Petición. Dame, Dios mío, gracia eficaz para admirar, amar e imitar como debo a María en su Inmaculada Concepción.

Punto primero. María a sus hijos. –No es contrario, hijo mío, sino muy conforme a la mente del inspirado evangelista san Juan el entender o significar por las doce estrellas con que aparecí coronada, las doce tribus de Israel o la plenitud de la santa Iglesia de Jesucristo; porque así como los apóstoles fueron mi primer honor y corona, y los primeros defensores y propagadores de mi honor, así toda la Iglesia es como el mejor trofeo de mis conquistas, y toda la Iglesia se esmera en defender mi honor, en propagar mi culto en todo el mundo. Yo, hijo mío, con mi sacrificio, más costoso que el de Abraham, compré el derecho de Madre de todos los redimidos. Yo os compré con la sangre de mi Hijo, y con los dolores del Calvario os di a luz para hacerme con todos los fieles una corona de hijitos, más numerosos que las estrellas del cielo y las arenas del mar. La Iglesia, hijo mío, nació en mi seno con Jesús fundador y cabeza de ella: tomó nueva vida en el Calvario con mis dolores, y se engrandeció y se mantiene bajo el calor y sombra de mis alas maternas. Mi habitación fue siempre desde el primer instante de mi Concepción Inmaculada, en la plenitud de los santos (*Eccl. XXIV*), y yo sostengo a los santos en su plenitud, esto es, les doy virtud para que no caigan, los méritos para que no perezcan, la fortaleza para que perseveren; reprimo a los demonios para que no les dañen, y desarmo a mi divino Hijo para que no los castigue. Con el calor que me presta mi amor maternal coopero, hijo mío, a que nazcan en la Iglesia los fieles y sean miembros vivos de Jesucristo mi hijo. Por eso la Iglesia siempre ha defendido mi honor desde los apóstoles al Concilio de Éfeso, desde el Concilio de Éfeso hasta el inmortal Pio IX, que definió el dogma de mi Concepción Inmaculada. Toda la Iglesia y todo el mundo, hijo mío, están llenos de mis glorias y me llaman su Madre, su señora, su Reina, su Inmaculada. El que me honra, tendrá la vida eterna (*Eccl. XXIV*); no lo olvides, hijo mío, y esfuérate con todo ahínco para ser mi corona por toda la eternidad, por la fiel correspondencia a la gracia que yo te alcanzo. Óyeme.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. –¡Cuán hermosa aparecéis a mi alma ¡oh María! al contemplaros coronada con la esplendente corona de los doce apóstoles y con la corona con que os coronan todos los justos que ha habido y habrá en la Iglesia de Dios vuestro Hijo! ¡Cuán bella y agraciada sois ¡oh María Inmaculada! al admiraros calzada de la luna, como Reina, señora, protectora y ornamento de toda la Iglesia católica! ¡Cuán exaltada sobre todos los ángeles y los hombres, aparecéis a mis ojos ¡oh María! al contemplaros ya en el primer instante de vuestra Concepción Inmaculada, vestida del Sol de justicia, envuelta y abismada en medio de sus infinitos resplandores de gloria, de lumbré, de gracia y de caridad! Bien se vislumbran en este portento, Madre querida, los designios amorosos de toda la Trinidad Beatísima. El poder del Padre al aparecer vos como un grande portento o prodigio que solo pudo obrar su omnipotencia. La sabiduría del Hijo con la lumbré de la fe, de la sabiduría y de la gracia; y el amor del Espíritu Santo en ese fuego, luz y calor inmensos que os presta el Sol divino al vestiros con sus galas. Enemistades perpetuas, cabales y eternas debía

haber necesariamente entre la serpiente infernal y vos desde el primer instante. Porque ¿qué tiene que ver la luz con las tinieblas? ¿Qué amistad podía haber entre el asqueroso negrillo, reptil ponzoñoso e inmundo que se arrastra por el cieno y por el suelo y que solo vive en la región del desamor y de las tinieblas, con vos, que andáis sobre las alas de los purísimos serafines, pues sois su Reina y estáis siempre vestida del sol y aparecéis como brillante aurora para ahuyentar las tinieblas del mundo? Si venís a derrocar su imperio y a lanzar al infierno a Satanás con toda su caterva de espíritus inmundos, y vuestro immaculado pie los pisara y aplastara su cabeza y su poderío, ¿qué os pueden hacer? Si Dios está siempre con vos, ¿qué podrá todo el infierno contra vos? nada, sino salir descalabrado siempre. Llor, pues y bendición, y claridad, y alabanza sempiterna sea a tu Concepción Inmaculada ¡oh María! Triunfaste perpetuamente, perfectamente, completamente del poder de Luzbel, y en vano, retorciéndose en su derrota, tratará de armar asechanzas a tu calcañar, pues solo le servirá para su mayor vergüenza y exterminio. Gloria, pues ¡oh María! a tu Concepción Inmaculada. Permíteme que venga a celebrarla en el cielo un día. Amén.

Jaculatoria. ¡Oh María Inmaculada! Ya que soy todo vuestro, guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.

Obsequio. Rezaré doce *Avemarías*, con la *Coronilla de las doce estrellas*.

Homenaje de piedad filial, etc., pág. 3

PARA EL DÍA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Punto primero. María Inmaculada a sus hijos. –“Yo me regocijaré con sumo gozo en el Señor, y el alma mía se llenará de placer en mi Dios, porque me ha revestido con el ropaje de salud, de justicia y de alegría, como esposa ataviada con sus joyas. Venid a mí todos los que me amáis, y os contaré cuántas y cuán grandes cosas ha hecho el Señor omnipotente en mi alma, porque llenó en mí su misericordia”. Con estas palabras, hijo mío, te convido con la Iglesia a celebrar mis glorias en este día grande y santo, el más grande y glorioso para mi corazón, porque en este día, en el primer instante de mi Inmaculada Concepción, fui preservada inmune de toda mancha de pecado original, por singular privilegio de Dios y en vista de los méritos de Jesucristo, salvador del género humano. Esta es la verdad dogmática o artículo de fe que todos debéis creer firmemente, después que mi pontífice, el inmortal Pío IX, la definió solemnemente el día 8 de diciembre de 1854. Sí, hijo mío, asóciate con todo el gozo de tu alma al gozo sincero y solemne y universal con que celebra esta mi fiesta, la primera y más amada de mi corazón, la santa Madre Iglesia, y procura sacar gran provecho de esta bella verdad, de esta solemnidad excelsa, singular. A este fin, considera, hijo mío, como yo fui preservada inmune de toda mancha de pecado original, por singular privilegio de Dios omnipotente. Todos, hijo mío, habéis sido, a lo menos un instante, pecadores, hijos de ira, de maldición, objeto de horror a los ojos de Dios. Todos habéis estado sujetos a la serpiente infernal y habéis sido sus esclavos, y vuestra alma hermosa ha sido afeada por la culpa original. Todos fuisteis anegados en las aguas de la culpa del diluvio universal, menos yo, que como arca santa floté sobre la superficie

de sus aguas cenagosas y no fui anegada en este universal naufragio. Mas, para esto fue necesario un singular privilegio de Dios, y Dios, que me amaba más que a todos los ángeles y santos, me hizo esta gracia. Tú también, hijo mío, por una singular providencia de Dios fuiste llamado a la luz de la fe, a la gracia del santo bautismo. ¡Cuántos herejes e idólatras no han tenido esta gracia, este privilegio! ¿Qué has hecho, qué haces, qué debes hacer para corresponder a esta fineza de predilección de tu Dios? ¿Has sabido, a lo menos, después de purificado, conservar esta gracia? ¿Eres puro, eres santo, o a lo menos pecador arrepentido?

Punto segundo. Mi Concepción Inmaculada, hijo mío, es el fundamento de todas mis grandezas, excelencias, gracias y glorias. Un edificio, por magnífico y precioso que sea, si no tiene buen fundamento siempre está en peligro de ruina; pero si tiene buen fundamento, subsiste y puede edificarse sobre él cuanto convenga. Pon por fundamento de mis glorias que he sido Inmaculada desde el primer instante de mi Concepción, y todas las gracias y privilegios que edificó el poder, sabiduría y amor de Dios sobre mí, tienen un buen asiento y conveniente explicación. Llámame Reina de los ángeles y de los hombres, llena de gracia, enemiga irreconciliable de la serpiente infernal y aplastadora de su cabeza, abismo de las gracias y Madre de Dios; todo se explica, todo sienta bien en mi alma. Si no hubiese sido Inmaculada, nada de esto se puede decir bien. Viste o adorna de pedrerías a una estatua preciosa que sea de oro; si le pones los pies de sucio barro, cuanto más la hermosees, si no corriges este defecto, peor lo harás. Pues así, hijo mío, por más que me reconocieras adornada de todos los tesoros y gracias del Rey de la gloria, si pusieres mis pies, mis fundamentos amasados y hechos de sucio barro del pecado original, más me afearías. Si mis pies son de oro purísimo, bien está que me adornes con ricas preseas. Más aún, hijo mío: si estuviese en la mano de un buen hijo el escoger para madre suya la madre más noble, más rica, más pura, más agraciada y santa, ¿podría caber en su entendimiento sano, que estando en su mano así escogerla con solo querer, la escogiese fea, necia, haraposa y mala? pues Cristo Jesús, Hijo de Dios e hijo de mis entrañas, que me poseyó ya en los principios de sus caminos, podía escogerme toda bella, hermosa, pura, agraciada y santa, porque es infinitamente poderoso, sabio y bueno. ¿Pudo hacerlo? ¿Supo hacerlo? ¿Era decoroso hacerlo? Luego lo hizo, luego me crió toda pura, toda santa, toda hermosa. Así discurrían, hijo mío, tus buenos padres, para quienes este misterio de mi Concepción Inmaculada fue misterio del corazón antes que misterio de fe: misterio de amor y de buen sentido católico, antes que misterio de creencia dogmática. Yo soy escogida con mi hijo Jesús y para mi hijo Jesús en otro orden de cosas y de predestinación que en el común de los hombres. Yo soy María, toda de Jesús y toda para Jesús, Hijo de Dios, y por ende Inmaculada siempre, purísima siempre, toda hermosa y santa. Dime, pues, siempre y repítelo muchas veces en este día, el más feliz y glorioso de mi vida, si quieres contentarme: Toda hermosa sois ¡oh María! y mancha original no hay en vos, y procura, para más agradarme, conservar también tu alma pura y limpia de todo pecado.

Punto tercero. Los hijos de María a su Madre. –Ave María purísima: sin pecado concebida. ¡Qué día más hermoso es el día de mi amada Madre María Inmaculada en su Concepción! ¡Qué día más santo, más alegre, más lleno de gozo purísimo que se derrama en los senos más íntimos de los corazones de todos los católicos y en especial

de los españoles que os aclamamos por nuestra patrona! ¡Qué inmenso río de celestial dulzor y amor penetra en todas las almas que os aman! Nuestros campos ¡oh María! se ven ya tapizados de verde alfombra, nuestras casas llenas se ven de luz y claridad, la atmósfera es más diáfana y trasparente, la luna más bella, las estrellas más brillantes, el sol más espléndido, y todo nos anuncia el día grande que ha hecho el Señor de su Madre Inmaculada, porque todos nos alegremos y gocemos en él. Salve ¡oh María Inmaculada! vida, dulzura, gloria, honor y esperanza nuestra. Salve ¡oh María Inmaculada! llena de gracia desde el primer instante de tu Purísima Concepción. Salve ¡María Inmaculada! adornada desde el primer instante con todas las gracias, dones, prerrogativas y privilegios de la divina largueza de Dios entre todos los ángeles y santos. Salve ¡María Inmaculada! vencedora de Satanás, quebrantadora de su cabeza, terror del infierno y de todos los que obran la iniquidad. Por tu santa e Inmaculada Concepción, ¡oh Virgen María! líbranos de todo pecado a todos tus hijos y de la muerte eterna. No permitas que el demonio con sus engaños nos seduzca, ni con sus asechanzas nos haga caer en pecado. Aplástale la cabeza, y que nunca nos pueda dañar. Haz que tengamos un perpetuo horror a todo pecado y a toda ocasión de pecar, porque solo el pecado es el único mal, el sumo mal, el verdadero mal. ¡Oh bendita entre todas las criaturas, Inmaculada María! Vos sois nuestra gloria y nuestro honor. Aceptad, pues, nuestros pequeños obsequios de amor hacia vos: aceptad nuestras súplicas, y por la inmensa bondad de que rebosa vuestro corazón maternal, guardadnos, como a hijos vuestros muy queridos, como a la niña de vuestros ojos, en lo más recóndito de ese vuestro Inmaculado corazón. Nosotros queremos a toda costa agradaros, contentaros, honraros y glorificaros, Madre querida: por esto unimos en este día inmaculado nuestro gozo y nuestras alabanzas a las de todos los ángeles y santos del cielo y tierra, y os proclamamos Inmaculada, purísima, sin mancha de pecado ni de imperfección. Bendita seáis siempre ¡oh Virgen Inmaculada! por todos. Bendito sea vuestro santo nombre, bendito vuestro dulcísimo corazón; bendita vuestra alma purísima y santísima; bendita vuestra santa e Inmaculada Concepción. ¡Oh, María! ¡Oh, Virgen! ¡Oh, Madre! salvad y defended a la Iglesia y al sumo pontífice, que así os honran y adornan vuestra cabeza con hermosa corona de estrellas. Salvad a España, la hija primogénita de vuestra Concepción, ya que sois su excelsa patrona. Salvad al mundo; salvadnos, que perecemos ¡oh María Inmaculada! ¡Viva vuestra Concepción Inmaculada!

Jaculatoria. ¡Oh María Inmaculada! Haced que todos los que honramos vuestra Concepción, sintamos y experimentemos vuestra ayuda y protección.

Obsequio. Repetiré hoy doce veces a lo menos: Toda hermosa eres ¡oh María! y mancha original no hay en ti. ¡Viva la Inmaculada Concepción de María!

Homenaje de piedad filial, etc., pág. 3

CORONA DE LAS DOCE ESTRELLAS

V. Bendigamos al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

R. Alabémosle y ensalcémosle por todos los siglos.

V. Porque puso los ojos en la humildad de la Virgen María.

R. Y como omnipotente obró en Ella grandes maravillas.

V. Bendíganla por esto todas las naciones.

R. E himnos de loor entonemos a Dios su Salvador.

1. Os bendecimos, alabamos y damos gracias ¡oh Señor, Dios Padre! porque haciendo uso de vuestro infinito poder, tanto ensalzasteis a vuestra amada hija, la humilde y siempre Virgen María.

Padrenuestro, etc.

Dios te salve, María, primogénita de Dios, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, gloria de la tierra, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, señora del mundo, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, reina de los cielos, llena eres de gracia, etc.

Gloria Patri, etc.

2. Os bendecimos, alabamos y damos gracias ¡oh Señor, Dios Hijo! porque haciendo uso de vuestra infinita sabiduría, tanto adornasteis a vuestra querida Madre y mía también, la purísima e Inmaculada Virgen María.

Padrenuestro, etc.

Dios te salve, María, bella como la aurora, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, brillante como el lucero, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, hermosa como la luna, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, escogida como el sol, llena eres de gracia, etc.

Gloria Patri, etc.

3. Os bendecimos, alabamos y damos gracias ¡oh Señor, Dios Espíritu Santo! porque haciendo uso de vuestro amor infinito, tanto agraciasteis a vuestra esposa la santísima Virgen María.

Padrenuestro, etc.

Dios te salve, María, sola Inmaculada, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, sola predilecta, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, sola tú perfecta, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, sola Virgen Madre, llena eres de gracia, etc.

Gloria Patri, etc.

V. Rueda por nosotros, santa Madre de Dios.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

ORACIÓN

Omnipotente y sempiterno Dios, que por obra del Espíritu Santo preparasteis el cuerpo y alma de la gloriosa Virgen Madre, María, para que mereciera ser hecha digna habitación de tu Hijo, concedednos que por intercesión de aquella con cuya memoria nos gozamos, seamos libres de los inminentes males y de la muerte eterna. Por el mismo Jesucristo Señor nuestro. Amén.

GOZOS A LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Para dar luz inmortal
Siendo vos alba del día,
Sois concebida, María
Sin pecado original.

Ave sois, Eva trocada
Sin el ve de aquella pena:
¿Cómo os dirá *gratia plena*
Quien os busca maculada?
Si lo dice la embajada
Del ministro celestial:
Sois concebida, etc.

Esther, que tocais primero
En el cetro de la cruz,
Que ya, para darnos luz,

Ofrece el divino Asuero:
Porque no os comprenda el fuero
De la provisión real:
Sois concebida, etc.

Como la culpa traidora
Al sol no pudo mirar
Tampoco pudo aguardar
Que amaneciese la aurora;
Pues huye de vos, señora,
Este nocturno animal:
Sois concebida, etc.

Con armónica unión
Se ajusta el divino acento
A vos, sonoro instrumento
De toda la redención;
Por templar con proporción
El concierto más cabal:
Sois concebida, etc.

Harina sois de la flor
Para el pan sacramentado,
Que nunca tuvo salvado
La masa del Salvador:
Si para formarle, Amor
La previno candelal:
Sois concebida, etc.

En gracia el eterno Dueño
Crió los ángeles bellos
Y en vos, que sois reina de ellos,
No dejaría el empeño:
Siendo para el desempeño
La prenda más principal:
Sois concebida, etc.

Dice que sois toda hermosa
En sus cantares un Dios,
No hallan do mácula en vos,
Para ser su amada esposa;
A canción tan misteriosa
Repiten con gozo igual:
Sois concebida, etc.

Ya la Iglesia militante
Celebra con atención

Que sois en la Concepción
Pura, limpia y radiante,
En aquel primer instante
Punto físico y real:
Sois concebida, etc.

Según Agustín declara,
Rostro sois del mismo Dios:
Y si mancha hubiera en vos
A Dios saliera a la cara:
A consecuencia tan clara
Diga todo racional:
Sois concebida, etc.

A la religión sagrada
De san Francisco debemos,
Que en alta voz os cantemos
El blasón de *Inmaculada*:
El veros así adorada
En su gloria principal:
Sois concebida, etc.

Roma en fin ha declarado
“Por una verdad de fe
Que vuestra Concepción fue
Limpia de todo pecado”;
Su decreto es acatado
Por la Iglesia universal;
Pues pudo eleiros tal
El que para Padre os cría.
Sois concebida, María
Sin pecado original.

V. In conceptione, Virgo, Inmaculata fuisti.

R. Ora pro nobis Patrem, cujus Filium peperisti.

OREMUS

Deus, qui per Inmaculatam Virginis Conceptionem dignum Filio tuo habitaculum
praeparasti; quaesumus, ut qui ex morte ejusdem Filii sui praevisa eam ab omni labe
praeservasti, nos quoque mundos ejus intercessione ad te pervenire concedas. Per
eundem Christum Dominum nostrum. Amen.